

MONTE «EL BRUSCO»

El campo de los muertos tiene sabor a esteras
contemplado en la torre del crepúsculo ciego;
aquí por estas tierras donde estaba mi padre
hoy navegan los astros por la mar solitaria,
hoy se pudren los astros con sus dientes comidos
por los raros insectos que apalabran recuerdos,
las minúsculas casas, la ladera del monte,
los cencerros dormidos de la vaca que muge,
y a lo lejos el blanco resplandor de los barcos
y el constante sonido de las olas rompiéndose
y el canto de los grillos que por la noche cantan.
No se pudren las manos que trabajan la tierra
tan malamente repartida,
pero brota el cansancio de los cuerpos que inclínanse:
son los hijos que heredan la maldita costumbre
conduciendo ganados o birlando a las aguas
bobalicones peces o selectos crustáceos
que comerá la gente de dinero.
Del maizal y la torre, de los niños que juegan,
de Santoña a lo lejos contemplada distante,
de los perros que ladran,
del reflujó del agua que la playa vacía
y el anciano que muere raramente algún año,
puedo hablar mientras miro la tormenta que viene,
mientras llega el quejido de la mala cosecha
y se cortan los pastos que las vacas se comen.
Puedo hablar de estos aires que vinculan un poco,
de esta roca sumisa que las olas envuelven
y esta ermita deshecha que tenía su santo
y esas gentes que son de la familia,
que se llaman Carriedo como yo y no lo dicen,
que se callan a todo porque nunca leyeron.
Puedo hablar del antiguo cementerio olvidado
que a mi abuelo contiene.
Puedo hablar del olor de la costa,
del olor de los pinos,
del olor del establo yo hablo,